

El domingo salió frío y con ventarrones. El camino de hoy discurre por encima del Torío subiendo rampas de suave asfalto recién acondicionado. Las montañas se recortan a lo lejos «como senos de diosas que se levantan al cielo en una ansia de

azul y majestad», que diría Pérez Herrero.

Se hallan cubiertas de nieve y regalan a nuestros pagos una brisa gélida que mueve las copas de la carballeda. Una urbanizadora motea con sus chalets la ladera

del paisaje. Allí mismo tomamos el camino que parte hacia la izquierda, para llegar en muy pocos metros al pueblo de Santa María del Condado, que tiempo atrás se denominó Santa María del Monte.

El tesoro de los monjes de Santa María del Condado

Dice la leyenda que a quince codos de la fuente de los Alamos se halla la piel de un toro envolviendo un abundantísimo tesoro de monedas

Matías Díez Alonso

El pueblo es hermoso, enclavado al sol como a un brasero que caldea sus calles asfaltadas y pendientes. Icónos les ha surcado de caminos el monte en todas direcciones. Poco más allá de las eras de la trilla agrícola, sembradas de casetas que guardan los aperos de labranza, se llega a un retén de las aguas del valle del Celorio.

Este embalse lo construyeron por la década de los cincuenta, en una subasta de obra que costó doscientas cincuenta mil pesetas. Su muro es de tierra apisonada. Tiene una profundidad máxima de once metros, y alberga los cien mil metros cúbicos de agua para el riego.

Más arriba del embalse, en el mismo valle Celorio, había una abundante fuente de la que han tomado su caudal para la traída de aguas limpias a la aldea. Allí quedan los restos de un antiguo caserío, del que habla Madoz, en 1845, como arruinado ya.

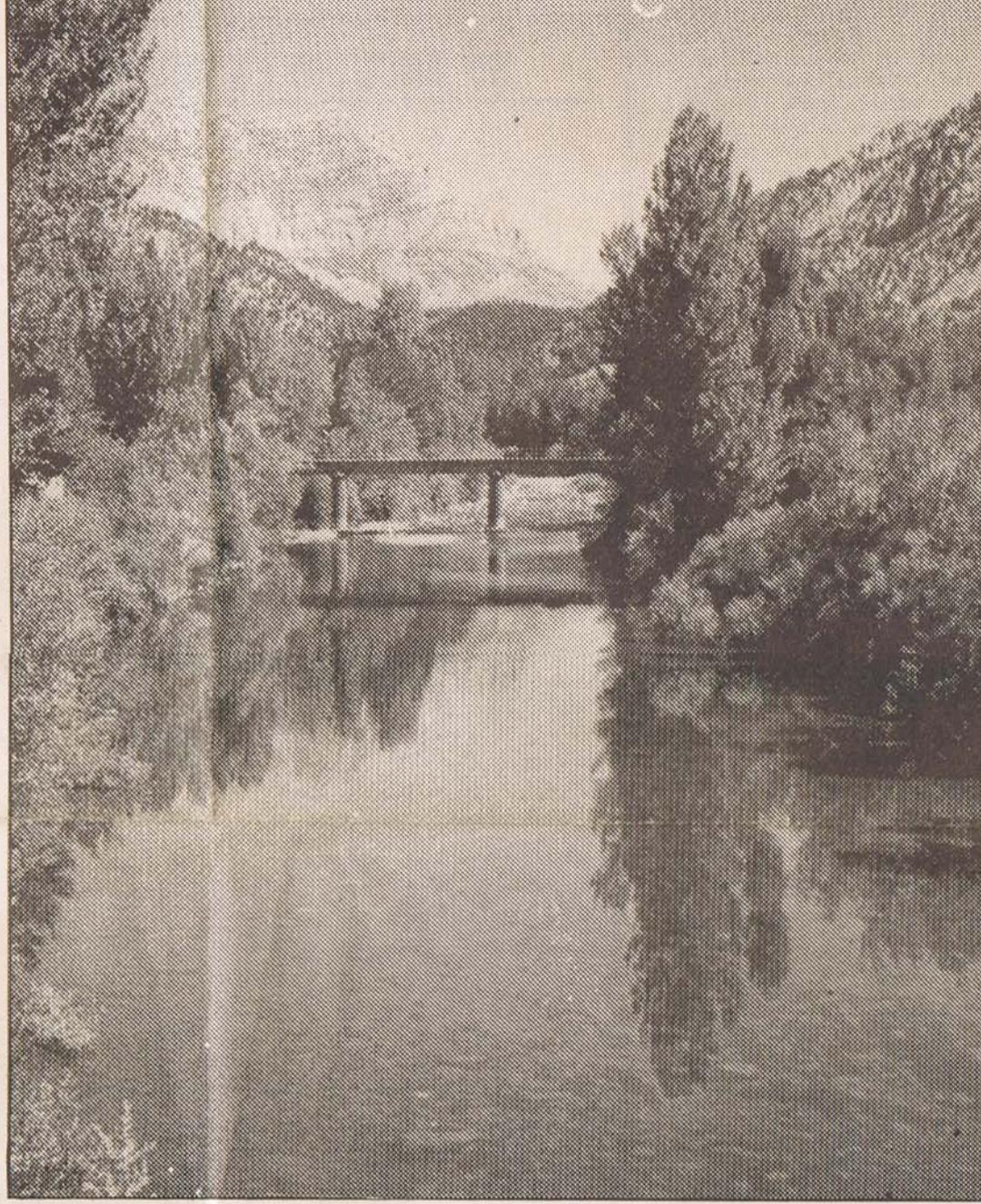
Sin embargo, don Sixto Mirantes, un vecino ilustrado de Santa María, que recoge con cariño la tradición y la leyenda de sus lares, nos indicaba la existencia de un monasterio de monjas bernardas, que disponían de una gran vaquería. Aquellos terrenos pasaron a la marquesa de Peñaranda, quien se los vendió al pueblo.

En lo alto del valle hay un pago que denominan La Cota, que perteneció al alfoz de León, donde los reyes tenían acotados los terrenos para la caza del jabalí. Desde luego que los jabalíes tienen aquí buena despensa, porque esta multitud de vallecitos de carballeda presentan las huellas hozanas en los abundantes calveros praderiles por estas manadas de jabalíes y sus rayones.

Don Sixto conserva la traducción de un documento de 28 de mayo de 1.217, por el que la dama Oros de Miguel, de acuerdo con su marido, Pedro Pelagio y su hija María de Pelagio, donan al monasterio de San Isidoro de la ciudad la heredad que tenían en Santa María y San Pelago del Monte.

VAMOS A BUSCAR EL TESORO DE LOS MONJES

De la parte baja de la aldea



Las leyendas de tesoros llenan la geografía provincial

sale uno de los caminos monte- riles que nos adentra por el valle de San Pelayo. Me acompaña amablemente don Paulino Alonso, que vive en soledad y fue para él un entretenimiento agradable a la par que me prestaba un favor, que le agradezco.

El valle es amplio y largo, y por él fluye un arroyuelo que nace en su cima, en la fuente de las Virtudes.

Poco más de un kilómetro medirá este camino, y donde finaliza ya su trazado sale al paso una bella alameda, enclavada entre verdes campas praderi-

les. En el interior de la alameda brota una fuente, silenciosa, sin rumores, que abre su cauce entre el césped para acrecentar el caudal del arroyuelo.

Varios álamos han sido arrancados por el ventarrón huracanado de este invierno. Hay muestras de troncos aserrados, muy gruesos, lo que indica que hubo otra alameda más antigua, y que los actuales son una nueva replantación, porque son de tronco delgado.

Dice la leyenda que a quince codos de la fuente de los Alamos se halla la piel de un toro

envolviendo un abundantísimo tesoro de monedas. No sabemos a qué parte se localizará, que una excavación a quince codos a la redonda no es mucho trabajo, no obstante hoy lo dejamos, no vamos con idea de practicar calicatas, y tampoco nos seducen las riquezas como para hacerlas un dios en nuestra vida. Pero sabemos que ahí está la cota, y el día que haya necesidad imperiosa con ir a excavar la alameda de San Pelayo, de seguro que obtendremos el tesoro de los monjes con que solucionar las penurias económicas.

Todo ello se deriva de que aquí mismo se conjectura la situación de un gran monasterio,

el de San Pelayo. A poco que se arañe la pradera salen a la luz tejas y ladrillos. Y son varias las excavaciones de pequeños hoyos expreso que se han practicado. Los ladrillos son de muy basta fabricación, y abundan sus trozos desparramados por la campa.

Aquí nace otro valle, el de Valderneros o Valdeherreros, que presumiblemente tendría ferrerías, y se aprecia aún la enmarcación de una gran finca, que dicen huerta de los monjes.

¿SERÍA ESTE MONASTERIO DE SAN PELAYO EL DEL VALLE ABELIAR?

El valle de San Pelayo llega hasta el lugar de las tres cruces, como muria divisoria de terre-

Lolo



nos de tres localidades: Santa María del Condado, Santovenia del Monte y Canaleja. Desde allí nace otro valle que llaman «Bear», que llega hasta Canaleja, y quizás sea una corrupción lingüística de «Abeliar». El lugar es apropiado para asentamiento de colmenas, y don Sixto nos indicaba que él conoció abundancia de colmenas por estos pagos. Abeliar significa abejas, lugar de abejas y mieles. Brota allí la fuente de las Virtudes, madre del largo riachuelo.

Las reminiscencias del monasterio de Abeliar las localizan Justiniano Rodríguez, gran historiador leonés y profundo medievalista, en Canaleja de Torío. Efectivamente, un kilómetro arriba del pueblo, por el camino carreal y a la vera del arroyo, queda un trozo de lienzo de pared que dicen pertenecer a un monasterio.

El Padre Risco en «La España Sagrada» publica una escritura por la que Ordoño II dona a la que Ordoño II dona, el 16 de mayo del 919, algunas posesiones al monasterio de los Santos Cosme y Damián, junto al Torío.

Desde luego que el terreno más apropiado para fundación de un mostario de amplias proporciones cae más a favor en este valle de San Pelayo de Santa María del Condado, que en el de Canaleja; es de horizontes más abiertos, más amplio de campiñas, de abundantes aguas y campas verdeantes.

Este niño Pelayo, mártir en tiempos de Ordoño II, tomado prisionero por el califa en la batalla de Valdejunquera, por lo que el rey leonés condenó a cadena perpetua y luego ejecutó a los condes culpables de la derrota, Nuño Fernández, Abolmóndar el Blanco y Fernando Ansúrez; este niño, decimos, va a tener gran devoción en tierras leonesas, cuando sus restos son traídos a León en tiempos del rey Sancha II el Craso, y muchos monasterios tomarán la advocación de «San Pelayo».

Bien sea del monasterio de Abeliar de Canaleja, o que este monasterio de San Pelayo sea el de Abeliar, por hallarse en lo que antes se llamó «Bear», y luego pasó a llamarse valle de San Pelayo, de uno de ellos procedía el obispo Cixila, monje del monasterio que pasó a ocupar la sede episcopal legionense, y trajo para la Catedral muchos documentos importantes con que enriquecer su archivo, que antaño fueron del monasterio.

El lugar es paradisiaco, e invita a las familias en los fines de semana a que se haga allí la acompañada, por su reconocimiento y alegría. Una bifurcación de caminos sale directamente a la carretera general, sin necesidad de llegar hasta la aldea.

Charlé abundantemente con don Sixto, que se hallaba con su esposa leyendo el pequeño opúsculo que les facilitaron en la Basílica isidoriana, por la reciente peregrinación que hicieron al cumplimentar a Santo Martín, y lucrarse ellos de gracias.

Los hados nos han sido hoy propicios en sol, luz, brisas y belleza histórica y paisajística, y tornamos a la ciudad con una gran carga de cariño por esta tierra tan vieja, tan misteriosa, tan variada y tan bella.